

---

## CAPÍTULO XII.

Pelé y Melé.

Apénas Juana dejó á Magdalena en poder de la señora Marta, volvió apresuradamente á su casa, en cuya puerta encontró la misma escena que acababa de dejar.

El mismo personaje, sobre el cual hemos llamado ántes la atención, se agitaba todavía en medio de los curiosos que le rodeaban, sin que nadie se atreviera á aceptar el ofrecimiento de los tres mil duros.

Por lo visto, aquel hombre pedia un imposible.

—Soy rico, gritaba, y haré la fortuna del que quiera prestarme tan buen servicio.

Uno de los que le escuchaban, le dijo :

—Caballero, lo que V. quiere es un dis-

parate, porque..... ¿no ve V. que no es posible?

—¡No es posible!..... exclamó el caballero.

—No, señor; por la puerta no hay quien suba sin hacerse carbon ántes de llegar al piso principal; taladrando la pared mediana de la casa inmediata, se podría entrar, pero ya sabe V. que no hay modo de cruzar por el hueco de la escalera, y habria que derribar muchos tabiques, uno despues de otro, para llegar á la habitacion de la esquina.

—¿Y qué importa que haya que derribar esa pared y esos tabiques?

—Importa mucho, le contestó el hombre; el fuego no da tiempo para esa operacion. ¿No ve V. que está á punto de desplomarse el techo del piso tercero?

Una voz de mujer tomó la palabra, y dijo:

—¿Pero no se puede subir por los balcones?

Esta voz era la de Juana.

—¡Por los balcones! exclamó el hombre. Puede ser. Ea, muchachos, en aquel balcon

del piso tercero hay tres mil duros, ¿quién quiere subir por ellos?

Todas las miradas se dirigieron al balcon señalado por aquel hombre, y casi al mismo tiempo todas las cabezas se inclinaron hácia el suelo, volviendo á levantarse con ese movimiento con que los ojos miden una altura.

Era una averiguacion geométrica que cada cual hacia, y al fin de la que todos movian la cabeza de hombro á hombro, como quien dice: Ca; imposible, no puede ser.

El caballero, entre tanto, miraba con ansiedad aquellos semblantes mudos, y esperaba con afan una respuesta.

Juana iba y venía movida por toda la inquietud de la impaciencia, sondeaba los grupos iluminados por los siniestros resplandores del incendio, buscando en medio de aquella confusion alguna cosa que no encontraba.

No viendo á quién preguntarle, se preguntaba á sí misma:

—¿Dónde estará?

Y como si allá en las oscuridades de su

interior encontrára alguna huella de lo que buscaba, despues de reflexionar un momento, añadía :

—Él tiene que estar por aquí.

El que calla otorga, ha dicho la sabiduría de las naciones; pero esta sabiduría suele dar muchos palos de ciego, y sus sentencias hay que tomarlas siempre á beneficio de inventario.

Algunos, queriendo corregir á esa sabiduría en *comandita*, oponen á su sentencia esta otra: el que calla no dice nada; pero esta sabiduría particular da una en el clavo y ciento en la herradura.

Hay ocasiones en que el que calla no dice nada, y hay otras en que el silencio dice mucho; lo dice todo.

En esta ocasion, el silencio era para el pobre caballero una respuesta terminante.

«En aquel balcon del piso tercero hay tres mil duros; ¿quién quiere subir por ellos?»

Ésta era la pregunta.

La respuesta fué un silencio general; un silencio que decía: «Nadie.»

Todos callaban; ninguno otorgaba, y en

cuanto á decir, decían bastante y bien claro.

—Mal negocio, añadió el hombre; nadie lo quiere.

—¡Nadie! exclamó el caballero con desaliento.

—Y vea V. lo que son las cosas, observó el hombre, como si quisiera echar una gota de consuelo en aquel vaso de angustia; hay gente que se deja ahorcar por ménos dinero.

En esto apareció casi en medio del corro una cara que se movía sobre un cuerpo ligeramente encorvado, de cuyos hombros salían dos brazos largos como los de un mono, y que se balanceaba sobre unas piernas torcidas, de tal manera que era imposible asegurar cuál de las dos era más corta.

Esta cara, vista de un modo, parecía la cara de un muchacho; vista de otro, parecía la cara de un viejo; había en ella una mezcla extraña de inocencia y de malicia, de infancia y decrepitud, de temor y de audacia.

Sus ojos escondidos cautelosamente bajo los arcos salientes de unas cejas despobladas, no miraban nunca de frente, pero se clava-

ban como dos puñales siempre que podían ver sin ser vistos.

Cuando eran sorprendidos, echaban cada uno por su lado como dos cómplices cogidos *infraganti* y detenían la curiosidad del observador con esa mirada sin dirección con que se clavan, no se sabe dónde, los ojos bizcos.

Los movimientos de su cuerpo eran contorsiones; andaba y parecía cojo, accionaba y parecía manco, se alargaba y se encogía como una culebra, y no se sabía si aquella máquina, digámoslo así, humana, era de goma ó era de acero; si aquello era debilidad ó fuerza.

Si no era un conjunto monstruoso de imperfecciones, es indudable que poseía el extraño dón de imitarlas todas.

En su rostro no aparecía barba ninguna; era barbilampiño, como si la naturaleza arrepentida de su obra hubiera querido detenerlo, negándole el derecho de llegar á ser hombre.

Se ignora si este sér tuvo alguna vez nombre de pila, pero si alguna vez lo tuvo, había desaparecido bajo una serie de apodos;

unos le llamaban cojo, otros manco, otros tuerto, y algunos lo habían bautizado con el nombre de gato, sin duda porque imitaba admirablemente el maullido de este animal.

Solía ejercer la doble profesión de pedir limosna con una mano y tomarla con la otra.

Sus dedos largos y ágiles parecían hechos para sondear las profundidades de los bolsillos.

En la ocasión en que lo encontramos, no era un sér solo y aislado entre los hombres; había tropezado, digámoslo así, con su media naranja; había adquirido un hermano, un amigo, un compañero, un socio, otro él; y ambos se habían unido entre sí, como dos manos que se cruzan.

Se habían engranado como dos ruedas dentadas de una misma máquina.

Esta unión los hacía inseparables hasta en el nombre.

Antes de encontrarse, de verse y de unirse, cada uno tenía su mote, digámoslo así, independiente; como ya hemos visto, el primero era ya el cojo, ya el manco, ya el tuer-

to, y éste era el nombre más completo, porque le pillaba desde los piés hasta la cabeza; mientras el otro vivía aplastado bajo el apodo de *el chato*; palabra que era el retrato de su cara, porque aquella cara prensada era una cara sin perfil; pero desde el momento en que se juntaron por la recíproca atracción de una mutua simpatía, fueron señalados por dos nombres inseparables.

Desde entónces se llamaron *Pelé* y *Melé*.

La cara que habia aparecido en medio del corro, era la de *Pelé*.

El hombre que hemos dejado con la palabra en la boca, miró un momento á aquel extraño personaje, y dijo:

—Aquí está el tuerto.

Y volviéndose al caballero, añadió:

—Puede ser que hagamos negocio.

—¿Esta criatura, preguntó el caballero, será capaz de subir?

—Esto no es criatura, dijo el hombre; es una araña, que lo mismo debe andar por la pared que por el suelo.

Los circustantes soltaron una carcajada.

*Pelé* se encogió de hombros y se echó á reir tambien.

El caballero se acercó á la araña, y le dijo:

—Vamos, ¿quieres ganarte tres mil duros?

—¡Tres mil duros! exclamó *Pelé*, dejando oír una voz semejante á un gruñido. Luego sacudió la mano derecha, cuyos dedos, chocando entre sí, sonaron como un látigo, y repitió: ¡Tres mil duros! ¿Dónde están?

Yo los tengo para tí, se apresuró á decir el caballero.

*Pelé* no lo dejó concluir, pues tendiendo la mano, dijo:

—Vengan.

—¡Ah, *granuja!* exclamó el hombre, amenazándole con el revés de la mano; quieres que te *arrimen la mosca* ántes de trabajar: paga adelantada, paga viciosa; buen tunante estás.

—Pues entónces, dijo *Pelé*, que trabaje otro; yo no fio.

El caballero lo detuvo, diciéndole:

—Yo te los aseguro bajo mi palabra.

—Y V., ¿quién es? le preguntó *Pelé*.

—Yo..... ¡bah! aquí todos me conocen y á todos los hago testigos de mi promesa. ¿No te basta esto?

—No; ahora hay muchos testigos, y luégo me encontraré sin ninguno. Usted es rico y yo soy pobre.

Estas palabras fueron recibidas con un murmullo.

—Eres un imbécil, dijo el caballero.

—Está visto, añadió el hombre, los sesenta mil realazos *del pico* no le hacen *tilin*.

—Sí que me hacen; pero ustedes lo que quieren es divertirse conmigo. ¡Sesenta mil realazos me darán á mí!..... Sí, *por el ole*.

—Ó eres muy bruto ó eres muy pillo. Mal rayo me caiga y te parta. ¿No ves que el caballero habla como un hombre?

—Sí, pero ¿dónde están los tres mil duros? Que los enseñe, que yo los vea.

—Tiene razon, dijeron algunos.

—No se llevan tan fácilmente sesenta mil reales en el bolsillo, replicaron otros.

Un tercero salió al paso de esta observacion, diciendo:

—En dinero no es fácil, pero en papel.....

Los primeros no se dieron por vencidos, y uno replicó:

—En papel..... ¿y quién anda á estas horas por las calles hecho un archivo? Además, papel no es dinero.

Tal barbaridad económica hubiera sublevado á otra concurrencia, pero entre aquella gente no habia tenedores de papel; se componia en su mayor parte de *medias cucharas*, y no tuvieron nada que replicar.

El caballero era el único que ofrecia allí el aspecto de un gran tenedor, más se hallaba ocupado en aquel momento en tentar el último recurso.

Habia desabrochado las dobles solapas de su opulento gaban, descubriendo un precioso chaleco, sobre cuyo fondo oscuro y apeñascado relampagueaban los ricos eslabones de una soberbia cadena de oro.

Del fondo del bolsillo habia sacado un tarjetero, cuyas tapas de marfil se cerraban como las hojas de un libro, sujetas por medio de un lapicero de plata.

Habia cogido una tarjeta, en la cual se veia grabada una corona; debajo de la coro-

na se habian reunido unas cuantas letras góticas que formaban un título de marqués; debajo habia otro renglon de distinta letra, que decia : «Senador del Reino.»

Sobre esta tarjeta habia corrido rápidamente el lapicero de plata, estampando en ella, y encima de la corona, estas palabras : «Vale tres mil duros.» Los otros dos renglones quedaron encerrados dentro del rasgo arrogante de una rúbrica trazada al pié del segundo.

En el respaldo de la tarjeta habia escrito tambien algo.

El Marqués alzó la mano, y mostrando la tarjeta, dijo :

—Aquí están los sesenta mil reales asegurados bajo mi firma; y volviendo la tarjeta por el otro lado, añadió: y aquí están las señas de mi administrador, cómo se llama, y dónde vive. Por esta tarjeta entregará en el acto al que se la presente esa suma, duro sobre duro.

Pelé estaba absorto.

Cuando vió brillar en el pecho del caballero la cadena de oro, lanzó un maullido sor-

do, como el del gato que ve un raton, y desde entónces sus ojos, atraídos por el brillo de la cadena, no acertaban á apartarse de ella.

Sin duda alguna el pobre manco se sentia deslumbrado por el brillo de aquella joya que tan vigorosamente se destacaba sobre el fondo oscuro del chaleco.

Nadie habia reparado en el éxtasis en que Pelé parecia sumergido; pero el hombre, viendo que el caballero esperaba una respuesta, y que Pelé no la daba, lo sacudió bruscamente del brazo, diciéndole :

—Vamos; ¿qué tienes que decir á esto?

Pelé se restregó los ojos como el que sale de un sueño, y contestó :

—Eso ya es otra cosa.

—Pues manos á la obra, dijo el hombre, porque no hay tiempo que perder : el fuego avanza, y ya he visto yo salir humo por los balcones del piso tercero.

Pelé se acercó al caballero, preguntándole :

—¿Qué tengo que hacer?

Al pronunciar estas palabras hizo un mo-

vimiento con el brazo izquierdo, levantando la mano y rascándose la oreja: y ¡qué casualidad! el codo de Pelé llegó hasta rozarse con la hermosa cadena de oro que pendía del pecho del caballero, de tal modo, que el gancho con que estaba sujeta á uno de los ojales del chaleco casi se salió de su sitio.

Nadie advirtió esto, ni al parecer el mismo Pelé vió lo que habia hecho con el codo, pues como los demas circunstantes, tenía los ojos fijos en el ángulo de la casa dominada por el fuego, siguiendo con atento oído el itinerario que el hombre le trazaba de esta manera:

—Lo que tienes que hacer, le decia, es muy sencillo: primero saltas al balcon del entresuelo; despues te buscas tus mañas y trepas al balcon del piso principal. No hay atajo sin trabajo, y si eres listo, puedes coger de un salto los hierros del balcon del piso segundo, encaramándote por las persianas que salen de la pared para que tú subas como por una escalera. Del piso segundo al piso tercero no hay más que coser y cantar; y

una vez allí, el caballero te dirá lo que tienes que hacer.

Todos los que oían este plan de escalamiento lo consideraban imposible, y áun muchos creyeron que aquel hombre se estaba burlando á un mismo tiempo de Pelé y del caballero.

La ascension que se proponia era imposible; tal era la opinion pública de aquel corro; pero Pelé volvió á rascarse la oreja con ademan pensativo, como si la cosa no le pareciera ni tan fácil ni tan imposible, y por una nueva casualidad el codo volvió á tropezar con la cadena de oro, sacando completamente el gancho del ojal del chaleco.

En el momento en que la cadena caía arrastrada por su propio peso y quedaba pendiente por el otro extremo del bolsillo en que iba el reloj, Pelé sacudió la cabeza con resolucion, y dijo:

—Bueno: una vez arriba, ¿qué debo hacer?

Hubo un murmullo que, traducido al pié de la letra, queria decir: «¡Bah! ese diablo está loco.»



El caballero se apresuró á dar sus instrucciones, pero el hombre lo detuvo un momento poniéndole la mano sobre el hombro, guiñó el ojo y le dijo en voz baja:

— Me parece que hacemos negocio.

— Sí, contestó el caballero, pero no hay que perder tiempo; y dirigiéndose á Pelé, le dió las siguientes instrucciones:

— Una vez arriba, entras; y una vez dentro, abres un *buró*.....

Pelé hizo un gesto al oír la última palabra, y el caballero prosiguió diciendo:

Un *buró*, esto es, un escritorio de palo santo que encontrarás á la derecha entre el ángulo de la pared correspondiente á la esquina y á la chimenea; dentro del *buró* hay una cartera de terciopelo azul, cuya cerradura es una corona de plata cincelada. Todo lo que tienes que hacer es salvarme esa cartera; lo demás que perezca. Nada me importa que el incendio devore todos mis muebles; pero esa cartera contiene el honor de una familia; su desaparición causaría muchas desgracias, costaría lágrimas..... costaría sangre.....

El caballero pronunció estas palabras con voz conmovida, y los circunstantes se apretaron estrechando el círculo que formaban á su alrededor.

La comedia que los había entretenido hasta entónces, empezaba á dejar de ser comedia para transformarse en drama, y no era preciso ser muy listo para ver que aquello podía muy bien acabar en tragedia.

Cuanto más imposible parecía la empresa, más vivo se despertaba el interés, digámoslo así, del pequeño público que seguía los accidentes de la escena que he bosquejado rápidamente, y acerca de la que concedo al lector libertad amplia para que suprima lo que encuentre de más, si algo le sobra, y añada todo lo que le falta.

— Vamos, exclamó el hombre con impaciencia; ¡qué esperas!

Pelé le miró de un modo particular y dijo:

— Solo, no me atrevo.

Al oír esto el público prorumpió en un rumor de esos que en los oídos de todos los actores del mundo resuena como el anuncio de una silba inmediata.

El público se impacientaba de que Pelé retrocediera ante aquella empresa que á él mismo le parecía imposible: el público estaba en su derecho.

—¿Ahora salimos con eso? dijo el caballero, encogiéndose de hombros. Pues bien, añadió, yo lo intentaré. Y diciendo y haciendo, asió las solapas de su gaban, y tiró de ellas como el que empieza á desnudarse.

El hombre contuvo este movimiento, sujetando por la espalda los brazos del caballero, que quedaron inmóviles, y al mismo tiempo le dijo:

—Él lo hará.

—Sí, exclamó Pelé, pero necesito que me ayuden. Mire V., caballero, yo no me vuelvo atras.

—Bueno, dijo el Marqués, manos á la obra; desasiéndose de las manos del hombre que lo sujetaban por los brazos.

Pelé, por toda respuesta, se llevó la mano á la boca, introdujo en ella dos dedos abiertos en forma de horquilla, los oprimió con los labios, y dejó escapar un silbido largo como una espada y agudo como una aguja.

Un momento despues el círculo de espectadores se agitó, empujándose unos á otros, y abriéndose al fin por el punto más débil, apareció dentro del corro una cara aplastada, dividida en dos hemisferios por la hendidura de una boca interminable.

Pelé, al ver aquella cara, exclamó:

—Aquí está mi hombre.

Su hombre era Melé.

Ambos se miraron rápidamente y algo debieron decirse en aquella mutua mirada.

—Hay que subir allá arriba, dijo Pelé, señalando con el dedo. Es cosa de este caballero. ¿Te atreves?

—Vamos, contestó Melé, de cuya inmensa boca no solian jamas dos palabras seguidas.

El hombre continuaba á la espalda del caballero; delante de éste se hallaba Pelé, cuyo hombro se apoyaba en el ancho pecho de Melé, porque Melé era un mozo de pecho muy ancho.

—Ea, muchachos, dijo el hombre, empujando nuevamente al caballero hácia Pelé, al mismo tiempo que éste, empujado por

Melé, oprimía el pecho del caballero, diciendo:

— ¡Por aquí, por aquí.

La gente que se movía al rededor de este grupo, empujaba también, ansiosa de tomar sitio para ver de la mejor manera posible el espectáculo de aquella ascension que iba á empezar.

El caballero se sentía estrujado por la presión de Pelé, que hacía esfuerzos por abrirse paso, y por el hombre que tenía á la espalda.

Formóse un nudo que duró un momento, desatándose despues, tirando cada uno por su lado, ó mejor dicho, saliendo cada uno como pudo de aquel atolladero de curiosos.

El caballero se vió al cabo libre del tornillo humano que lo oprimía por el pecho y por la espalda, y respiró.

Había sido empujado hasta la puerta de la casa en que vivía Juana, y tenía delante una pared de gente imposible de romper.

Para dominar el cordon de cabezas que le cerraba el paso, se subió al portal, que se

levantaba medio palmo sobre las baldosas de la acera.

Desde allí se empinó sobre las puntas de los piés, y miró sin ver nada de lo que esperaba ver.

Nadie aparecía al pié de aquellos balcones que habían de ser escalados por Pelé.

Las bombas continuaban arrojando agua sobre el incendio, y el incendio seguía arrojando llamas y extendiéndose cada vez con más violencia.

¿Dónde estaba Pelé? ¿dónde estaba Melé? ¿dónde estaba aquel hombre que se había mostrado tan solícito?

El caballero no los descubría por ninguna parte; parecía que la multitud se los había tragado, y empezó á perder de nuevo la esperanza de salvar su cartera.

Bajó la cabeza como el que se resigna, se desespera ó medita, y entonces vió que su rica cadena de oro no pendía del ojal del chaleco; llevó la mano al bolsillo y vió que el reloj también había desaparecido.

Sintió la ira y la vergüenza de haber sido burlado de aquel modo, y recurrió al co-

nocido expediente de morderse los labios.

Tal era la situación de su ánimo, cuando los curiosos que tenía delante se movieron abriendo paso á una mujer, detras de la cual venía un hombre.

Al ver ésta al caballero, se detuvo y le dijo, como quien pone la mano sobre lo que busca :

—Aquí está.

Luégo, volviéndose al hombre que la seguía, añadió :

—Éste es.

---

### CAPÍTULO XIII.

Ahora veremos cómo algunas veces es más fácil subir que bajar.

El incendio seguía formidable, extendiéndose por toda la cubierta de la casa. Se había hundido el tejado arrojando al aire nubes de polvo y de humo, y algunas vigas empotradas en las paredes ennegrecidas asomaban sus puntas ardiendo, y parecían antorchas colocadas de trecho en trecho para alumbrar el incendio.

Las llamas aparecían de vez en cuando en las ventanas del cuarto piso, como si quisieran ver lo que pasaba por la calle.

Se oía un rumor sordo y profundo semejante á ese trueno lejano que nos anuncia la proximidad del mar; y más que oírse, se sentía.